

**PAN DE ADÁRGAMA Y VINO DE SORGO:
LAS MIL Y UNA NOCHES (NOCHE 580),
EL SENDEBAR (CUENTO 4),
SORGO ROJO DE MO YAN
Y UNA VIEJA HISTORIA DE MIGUEL DELIBES**

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

En la que hace la número 580 de las *Mil y una noches* orientales se halla inserto un cuentecillo breve y de sentido humorístico al que la crítica ha prestado hasta ahora escasa atención. He aquí su texto:

Me he enterado, ¡oh, rey!, de que un mercader que era avaro en el comer y en el beber partió un día hacia cierto país. Mientras iba por los mercados tropezó con una vieja que llevaba dos panes y le preguntó si quería vendérselos. “Sí”, contestó la vieja, y él, tras ofrecerle un precio bajísimo, se los compró, marchó a su domicilio y los comió aquel día. Al día siguiente volvió al mismo lugar y encontró a la vieja con dos panes, que le compró; y así siguió la cosa durante veinte días. Pero luego la vieja se ausentó. Preguntó por ella, pero nadie le supo dar razón. Cierta día, mientras andaba por una de las calles de la ciudad, la vio, se paró, la saludó y le preguntó el motivo de su ausencia y por qué había dejado de venderle los dos panes. Al oír sus palabras, la vieja no quería contestarle, pero la conjuró a que le informara. “Oye la respuesta, mi señor –dijo entonces la vieja–. Yo estaba al servicio de un individuo que tenía dolor de riñones. Tenía un médico que tomaba harina, la mezclaba con manteca y la dejaba durante toda la noche sobre el lugar dolorido. Por la mañana yo cogía la harina, hacía dos panes con ella y luego

la vendía a ti o a otros. El hombre ha muerto, y yo he dejado de tener los dos panes”. “¡Nosotros somos de Dios y a Él hemos de regresar! –exclamó el mercader al oír aquellas palabras–. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!”... Y no cesó de vomitar hasta que enfermó y se arrepintió, cuando su arrepentimiento de nada podía servirle¹.

Pese a encontrarse perdido entre las casi inabarcables *Mil y una noches*, este cuentecillo oriental resulta relativamente familiar y conocido entre los medievalistas, porque se trata de la fuente directa de uno de los relatos del *Sendebär*, que tantas ramas y versiones conoció a lo largo de la Edad Media en Asia, África y Europa. En la versión castellana del siglo XIII, un paralelo de este relato quedó integrado como cuento número 4 (en el capítulo *De cómo vino el segundo privado ante el Rey por excusar al Infante de muerte*), bajo la forma siguiente:

Era un mercador muy rico e era señerigo e apartado en su comer e en su beber, e fue en su mercadería, e levó un moço con él, e posaron en una çibdat muy buena e el mercador enbió su moço a mercar de comer e falló una moça en el mercado que tenié dos panes de adárgama, e pagóse del pan, e comprólo para su señor. E levólo e pagóse su señor de aquel pan. E dixo el mercador a su moço: –Si te vala Dios, que me compres de aquel pan cada día si lo fallares.

E el moço iba cada día a la moça e comprávale aquel pan e levávalo a su señor. E un día falló la moça que non tenía pan, e tornóse a su señor e dixo que non fallava de aquel pan. E dixo el mercador que demandase a la moça cómo lo fazía aquel pan. E el moço fue a buscar a la moça e fallóla, e dixo: –Amiga, mi señor te quiere alguna cosa que quiere fazer.

E ella fue e dixo: –¿Qué vos plaze?

E el mercador le preguntó: –Señora, ¿cómo fazedes aquel pan, e yo faré fazer otro tal?

E ella dixo: –Amigo, señor, salieron unas anpollas a mi padre en las espaldas e el fésigo nos dixo que tomásemos farina de adárgama e que la amasásemos con manteca e con miel e que gela pusiésemos en aquellas anpollas, e quando uviésemos lavado e enxugado toda la podre, que gela tirásemos. E yo tomava aquella masa en escuso e fazíala pan, e levávalo aquel mercado a vender e vendíalo. E, loado nuestro Señor, es ya sano e dexámoslo de fazer.

E el mercador dio grandes bozes del gran asco que avía de aquel pan que avía comido e quando vido que provecho ninguno non tenía, dixo contra su

¹ *Las mil y una noches*, ed. J. Vernet, 2 vols., Barcelona, Planeta, 1997, vol. II, pp. 304-305.

moço: –Mezquino, ¿qué faré que busquemos con que lavemos nuestras manos e nuestros pies e nuestras bocas e nuestros cuerpos? ¿Cómo los lavaremos²?

Que éste es uno de los cuentos más enigmáticos de todo el *Sendebbar* lo prueba el hecho de que, hasta hoy, los críticos no hayan logrado averiguar nada más sustancial sobre él que su dependencia de *Las mil y una noches*³.

Por esa razón, no deja de tener interés su comparación con uno de los episodios centrales de la monumental y bellísima novela *Hong Gaoling (Sorgo rojo)*, del gran escritor chino (nacido en 1955) Ma Yan. La novela sirvió de base para una célebre película homónima que, dirigida por el gran cineasta Zhang Yimou, ganó el Oso de Oro del Festival de Cine de Berlín en el año 1987. Uno de los momentos álgidos tanto de la novela como de la película chinas es aquél en que se logra convertir una modesta cosecha de vino de sorgo en una bebida de sabor exquisito y extraordinaria demanda, gracias a que un hombre orina en una cuba y transforma de ese modo por completo el sabor del caldo. Cuando la familia de agricultores se da cuenta del maravilloso efecto de la mezcla del vino y de la orina, deciden, lógicamente, mantenerla en secreto –como hacen los panaderos de *Las mil y una noches* y del *Sendebbar* hasta que son obligados a confesarlo. El nutrido linaje familiar que desfila por las páginas de la novela encuentra en aquel momento y en aquel suceso su auténtico mito de fundación:

¿Qué hace que el sorgo rojo del municipio de Gaomi Noroeste se convierta en un dulce vino aromático que deja en la boca el sabor de la miel y no produce resaca? Mi madre me lo dijo cierta vez, tras asegurarse de que comprendiese que no debía desvelar este secreto de la familia; si lo hacía, no sólo iba a ser un perjuicio para nuestra reputación sino que, además, nuestros descendientes, si alguna vez se decidían a volver a instalar una destilería, tendrían perdida su única ventaja. Sin excepción, los artesanos

² *Sendebbar*, ed. M^a J. Lacarra, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 89-91.

³ A pesar de la falta de noticias sobre más paralelos, a este relato le fue asignado el número N 383.2 (“Desesperado por haber comido pan de harina utilizada para curar ampollas”) en Stith Thompson, *Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols., Bloomington & Indianapolis-Copenhagen, Indiana University-Rosenkilde & Bagger, 1955-1958.

de nuestra comarca se someten a una norma sencilla: prefieren transmitir sus habilidades a sus nueras, más que a sus hijas. Esta práctica establecida tiene tanto peso como la ley en algunos países.

Mi madre contaba que la destilería había sido un gran negocio en tiempos de la familia Shan. El vino que hacían no era malo, pero no se podía decir que fuese ni tan aromático ni tan rico como el vino que se llegaría a producir más tarde, y, sobre todo, le faltaba aquel dejo a miel. El incidente que daría como resultado el sabor único de nuestro vino se produjo después de que el abuelo hubiese asesinado a los Shan y de que la abuela, tras un breve período de desasosiego, se repusiera y desplegara sus habilidades innatas de empresaria.

Como tantos descubrimientos importantes que surgen de la casualidad o que son producto de alguna broma, las cualidades singulares de nuestro vino nacieron cuando el abuelo meó en una de las cubas. Cómo puede ser que el pis de un hombre convierta el vino común en otro superior, de calidad única, se preguntará la gente. Pues bien, esto nos lleva al campo de la ciencia y mis lectores no querrán que yo les transmita alguna tontería al respecto. Dejemos que los interesados en la ciencia de la fermentación se ocupen del tema.

Más tarde, para mejorar el procedimiento, la abuela y el tío Arhat experimentaron hasta que se les ocurrió la idea de sustituir el álcali de los orinales por pis reciente: era más simple, más eficaz y más controlable. El secreto sólo era conocido por la abuela, el abuelo y el tío Arhat. Me figuro que la mixtura se consumaba a altas horas de la noche, cuando todo el mundo dormía. La abuela encendía una vela en el patio, quemaba un fajo de billetes de trescientos y después vertía, en las cubas de vino, el líquido preparado, usando una calabaza de peregrino. Lo hacía sin ocultarse, adoptando un aire de misterio sublime, por si hubiese ojos alertados: en tal caso, los asombrados mirones pensarían que nos comunicábamos con los espíritus a fin de impetrar de ellos su divina asistencia para nuestro negocio. Después de eso, nuestro vino de sorgo se impuso al de todos los competidores y casi monopolizó el mercado⁴.

Como es fácil advertir, las bases argumentales de esta historia –que la muy extensa novela de Mo Yan se encargará de desarrollar en páginas posteriores– se asientan sobre motivos muy similares a los de los relatos de *Las mil y una noches* y del *Sendebarr* que acabamos de conocer. La mezcla casual de un alimento –pan o vino, tan relacionados entre sí– con un humor o desecho humano –supuraciones, ampollas, orina– da lugar a una comida o bebida exquisitas, ansiosamente

⁴Mo Yan, *Sorgo rojo*, trad. A. Poljak, Barcelona, El Aleph, reed. 2002, pp. 141-142.

demandadas por una clientela fiel que se muestra entusiasmada con unos sabores cuya causa es preciso mantener –hasta donde sea posible– en secreto.

¿Es la gigantesca novela china un paralelo literario genéticamente emparentado con las demás historias de raíz oriental, dependientes todas de algún tipo de fábula, arraigada acaso en Oriente, ensalzadora de las virtudes de determinadas comidas y bebidas sometidas a este tipo de equívoco tratamiento? ¿O son sus coincidencias argumentales simples productos del azar y de la casualidad? Difícil saberlo, sobre todo cuando parece que su trasfondo credencial no es exclusivo sólo de Oriente. Un episodio de las *Viejas historias de Castilla la Vieja* del gran narrador castellano Miguel Delibes nos lo demuestra:

El vino ese le pisaban en los lagares de Marchamalo, a tres leguas de mi pueblo, y, al decir de los entendidos, no era recio tan sólo por las uvas de sus bacillares, un verdejo sin pretensiones, sino porque los mozos trituran la uva sin lavarse, con la acritud del sudor y del polvo aún agarrada a los pies⁵.

Las más que notables coincidencias argumentales y el evidente aire de familia que parece envolver sobre todo los tres primeros textos que hemos conocido me lleva a defender su pertenencia a un tipo unitario de relatos del que el cuarto –el de Miguel Delibes– debe ser, quizás, un pariente mucho más lejano, o acaso un paralelo muy parcial o simplemente fortuito –aunque basado en el fenómeno coincidente de la transformación del sabor de un alimento cuando se mezcla con un humor humano.

Hay que tener en cuenta, en cualquier caso, al analizar todos estos textos, que la mezcla de algún humor o deshecho humano con determinadas comidas se halla bien documentada en otras obras literarias que no podemos considerar, de ninguna manera, relacionadas genéticamente con el grupo de las anteriores, aunque su función literaria tenga también mucho que ver con lo chistoso y lo humorístico. En el tipo de textos que vamos a conocer ahora, estas mezclas suelen provocar, apenas ingeridas, más repugnancia que deleite, lo que diferencia netamente estos textos de los que han centrado hasta aquí nuestro interés.

⁵Miguel Delibes, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, Madrid, Alianza, reed. 2001, p. 25.

Buenos ejemplos nos proporcionan varias de las facecias protagonizadas por *Till Eulenspiegel* en el célebre ciclo narrativo alemán de comienzos del siglo XVI. Así, en *La 10ª historia [que] cuenta cómo Eulenspiegel se convirtió en mozo de corte y cómo su señor le enseñó que debía cagar allí donde encontrara la planta del cáñamo; pero se cagó en la mostaza, creyendo que cáñamo y mostaza eran la misma cosa*, se plantea un tipo de situación contraria a la de los relatos anteriores, puesto que la mezcla obtenida sabe y es apreciada en ambas familias de textos de modo muy diferente:

Y continuó pensando: “Mi señor me dijo que donde quiera que encontrara esa hierba, me cagara en ella”. Así que se agachó sobre el cubo y se cagó en él, y lo removió y se lo llevó al cocinero. ¿Qué sucedió? El cocinero no se imaginó nada, y rápidamente echó la mostaza en el cuenquecillo y la llevó a la mesa. El caballero y su huésped untaron en la mostaza, y les supo mal. Hicieron venir al cocinero y le preguntaron qué mostaza era aquella que había hecho. El cocinero probó también la mostaza, la escupió y dijo:

–La mostaza sabe como si se hubieran cagado en ella⁶.

En la *Historia 37ª [que] cuenta cómo el cura de Hoheneggelsen se comió una salchicha de Eulenspiegel, que luego no le sentó bien* se relata cómo un cura y su criada se comen a traición una hermosa salchicha perteneciente al pícaro, y cómo éste trama la siguiente venganza: hace que unos matarifes que llevaban una cerda muerta al basurero preparen un par de salchichas, que entrega de nuevo al cura y a la criada. La criada ensalza entonces las dos

hermosas salchichas como he visto pocas. Y al punto estarán ambas asadas.

Se fue y las apartó de las brasas, y al verlas se deleitó con ellas tanto como el cura. Así que se sentaron, los dos juntos, y mientras comían las salchichas con avidez, los morros les chorreaban de grasa.

Entonces es cuando hace su aparición el pícaro, que anuncia a los comensales que

de lo que las 2 salchichas estaban hechas era de una cerda muerta, por eso tuve que limpiar la carne, y de ahí os viene la suciedad.

La cocinera se enfureció y comenzó a vomitar sobre la mesa, y lo mismo le sucedió al cura⁷.

⁶ *Till Eulenspiegel*, trad. L. A. Acosta e I. Hernández, Madrid, Gredos, 2001, pp. 66-68.

⁷ *Till Eulenspiegel*, pp. 126-129.

De tipo parecido es *La 86ª historia [que] cuenta cómo un holandés se le comió a Eulenspiegel una manzana asada del horno, en la que éste había echado éléboro*. En efecto, cuando un maleducado holandés se come los huevos pasados por agua que se disponía a comer el pícaro, éste

compró una hermosa manzana, la vació por dentro y la relleno con moscas y mosquitos, la asó lentamente, la peló y la aderezó por fuera con jengibre. Cuando por la noche estuvieron de nuevo sentados a la mesa, Eulenspiegel llevó en un plato la manzana asada y se alejó de la mesa como si fuera a coger más. En cuanto volvió la espalda, el holandés echó mano y le cogió del plato la manzana asada y se la tragó rápidamente. Al punto, el holandés hubo de vomitar, y vomitó todo lo que tenía en el cuerpo, y se sentía tan mal que el posadero y los otros huéspedes creían que le había envenenado con la manzana⁸.

Aunque los vómitos del caballero, el cura, la criada y el holandés tras comer alimentos de aspecto delicioso pero sabor inmundos proporcionados por Eulenspiegel pueden resultar parecidos a los vómitos de los mercaderes de *Las mil y una noches* y del *Sendebär* tras recibir información sobre la mezcla de la que estaba hecho el pan que tanto apreciaban, ambas tipologías de relatos no guardan, evidentemente, mayor relación entre sí. Los vómitos de las víctimas de Till Eulenspiegel están provocadas por el repugnante sabor de los alimentos mezclados con deshechos humanos o animales, mientras que los personajes de los cuentos medievales han sufrido una experiencia justamente inversa –de admirada degustación de esos alimentos–, y sólo sentirán repugnancia cuando sean informados de su composición. Es, por tanto, sólo la función burlesca y la eficacia humorística el elemento que –aparte de los vómitos– más les es común.

Mucho más estrechos y evidentes son los nexos argumentales, ideológicos y simbólicos que hemos podido apreciar entre los relatos –todos de raíz oriental– de *Las mil y una noches*, el *Sendebär* y *Sorgo rojo*, que tienen, además, en la breve anécdota castellana narrada por Miguel Delibes un modesto, indirecto y seguramente inseguro –pero también muy sugerente– paralelo.

⁸ *Till Eulenspiegel* pp. 231-232.